



Draft version for this Conference use only. Do not quote without author's permission.

**Sequías y riadas durante la *anomalía Maldá* (1760-1800) en la fachada mediterránea española:
Una aproximación al territorio del sur alicantino.**

Adrián García Torres
(Universidad de Alicante)
(adrian.garcia@ua.es)

Abstract: La fachada mediterránea española es considerada como un territorio de riesgo a tenor de sus condicionantes naturales y climáticos. En las sociedades preindustriales donde la agricultura era el eje fundamental de la economía, la aparición de episodios meteorológicos de signo extremo tenía en sus manos desembocar en crisis agrarias. Desde la década de los sesenta del Setecientos hasta el final de siglo, acaeció en el Levante peninsular una pulsación dentro de la *Pequeña Edad del Hielo* conocida como *anomalía* u *oscilación Maldá*, la que se caracterizó por el aumento inusitado en la frecuencia e intensidad de las sequías y de los aguaceros catastróficos. Con esta base, pretendemos acercarnos a las fases de mayor incidencia de esta pulsación en las tierras meridionales valencianas y a las repercusiones socioeconómicas que produjo. La documentación trabajada proviene de los archivos locales de Novelda, Elche y Orihuela.



1. Introducción

Desde la segunda mitad del siglo XVIII acaeció en la fachada mediterránea española la *anomalía* u *oscilación Maldá*, definida por una mayor presencia de los períodos estériles así como de los episodios hidrometeorológicos de rango extraordinario (Barriendos y Llasat, 2009). Es decir, dos de los riesgos inherentes al Levante peninsular multiplicaron su aparición y repercusión. Durante el trascurso de esta pulsación, inserta en la *Pequeña Edad del Hielo*, debemos distinguir dos fases de incidencia. La primera entre 1760-1780 y otra de mayor gravedad entre 1780-1800.

Partiendo de esta realidad, pretendemos aproximarnos a lo sucedido durante este arco temporal en el territorio más al sur de las tierras valencianas. De este modo, descenderemos nuestra óptica de análisis a las comarcas del Medio Vinalopó, Bajo Vinalopó y Bajo Segura. Para dicha labor hemos trabajado las Actas Municipales de las localidades de Novelda, Elche y Orihuela con el fin de hallar las noticias vinculadas a nuestro objeto de estudio y los impedimentos que estos episodios adversos ocasionaron en la sociedad del momento.

2. Sequías y riadas durante la *oscilación Maldá*

El decenio de los sesenta estuvo caracterizado en el solar valenciano por la sequía (Alberola Romá, 2004). Las estrechez de 1760 en Elche incluso repercutió en el ocio, puesto que el arrendatario del trinquete expuso que los vecinos no jugaban porque no tenían ni para comer. La esterilidad prosiguió entre los ilicitanos hasta mediados del decenio, subrayando el trienio entre 1763-1765 que cristalizaría en los conatos de primavera de 1766. Ahora bien, la siega de este año fue abundante y se abrió un abanico de bonanza hasta 1768. En la vecina Novelda se reclamó en 1765 a Esquilache que cediera alguna de las porciones de trigo que desde Alicante se dirigían a Madrid. Siguiendo en el Medio Vinalopó, Monóvar, en el informe pedido por el Gobernador del Consejo de Castilla acerca de la situación de los campos valencianos a finales de mayo de 1765, dejó claro que la falta de precipitaciones en el invierno y primavera, unidas a la aparición de aires fríos, habían dejado en jaque a los cultivos. Mientras tanto, en Orihuela en el bienio de 1762-1763 las cosechas fueron cortas. El cierre de la década fue el principio de nuevos contratiempos. Ante la falta de siembra, muchos jornaleros ilicitanos partieron en 1768 a buscar trabajo en otras localidades. En Orihuela, por el contrario, la sequedad de febrero y marzo de 1769 repercutió en los pastos y el arrendador de la carne no pudo surtir a la población.

Los setenta y en menor medida los ochenta conllevaron una subida en el escalón de la sequía. Los problemas se inauguraron en Elche en 1771, se fueron agravando con el paso de los años y estallaron en 1774, momento en el que a la desastrosa cosecha se añadió que el agua de riego escaseaba y las cisternas de consumo potable estaban bajo mínimos. Ante esta situación, los jornaleros no solamente decidieron emigrar en busca de un jornal sino que muchos habían comenzado ya a mudar su domicilio. Con esta tesitura, el Ayuntamiento acordó elevar petición para la condonación o reducción de las contribuciones. La coyuntura no mejoró en 1775 y 1776 pues se unieron las enfermedades. En la cercana Novelda, la siega de 1771 fue “inútil” y los labradores no podían devolver el trigo tomado a préstamo. En Orihuela y en su corregimiento –recordemos que Elche pertenecía al de Jijona– la falta de trigo en 1773 fue el común denominador, al igual que en el litoral mediterráneo. Así pues, casi todas las poblaciones tenían en otoño algún atraso en el pago de los impuestos reales. El final de la

década en el sur valenciano tampoco estuvo exenta de contrariedades, dado que en 1778 y 1779 la producción de cebada fue discreta en Elche, dinámica que se mantuvo hasta 1782. A finales de 1781, varios vecinos de Monforte del Cid buscaron una moratoria de sus censos ante los repetidos años de esterilidad. En cuanto a Orihuela, los últimos meses de 1779 y todo 1780 estuvieron marcados por la sequía. Las contrariedades rebrotarían entre los ilicitanos en 1788 tras dos años marcados por las lluvias y las epidemias, pues hubo falta de agua potable, se perdieron cosechas y muchas bestias de labor murieron. La situación prosiguió en 1789, año conocido como de “crisis universal” en Europa (Alberola Romá, 2014). Ante la cantidad de jornaleros parados, labradores endeudados y una fiscalidad que ahogaba, el Ayuntamiento comenzó a dar limosnas para la comida, el obispo Tormo también participó en esta práctica y se animó al mismo fin a los más pudientes. El período entre 1786-1788 fue inestable en lo climático en el Medio Vinalopó. En Novelda, tras las heladas de 1786, en 1787 se unieron el pedrisco y la sequía y 1788 fue el corolario ante la pérdida de lo sembrado por la falta de lluvias. Como resultado, se desarrollaron migraciones entre los jornaleros y parte de los labradores tuvieron que vender sus animales al no poder alimentarlos. En las poblaciones próximas la situación era similar, pues Aspe acudió al perdón de las contribuciones, Monóvar pidió una prórroga y Elda perdió las recolecciones de viñas y sembrados durante tres años. Por último, en Orihuela los años entre 1788-1790 fueron de escasez y carestía. La cosecha de 1788 fue corta y en los primeros meses de 1789 el nuevo ciclo agrario sufrió la falta de precipitaciones. Los capitulares expusieron en marzo al conde de Floridablanca los problemas que vivían los labradores que, debido a la sequía, no podrían hacer frente a sus deudas con el pósito, además de las dudas de si subir o no el precio del trigo ante las penalidades. El fin último de la misiva era el de obtener algún socorro del monarca. La respuesta del murciano simplemente consistió en que se comprara de mes a mes el grano para evitar quiebras y que la divina clemencia escuchara a los oriolanos. Ante la desastrosa siega, en octubre varios personajes de manera filantrópica adquirieron 5.000 fanegas de trigo para garantizar el alimento (Alberola Romá, 2014, 226-227).

Los primeros años de los noventa conectaron con lo visto a finales de los ochenta. En el término ilicitano, la recolección de 1790 fue corta y la de 1791, escasa. Como consecuencia, los pequeños labradores y jornaleros, mayoría del censo, se encontraban en la miseria y muchos huyeron en busca de trabajo. Con esta realidad, se obtuvo la rebaja de la mitad de los 13.043 pesos del equivalente. También 1795 y 1796 fueron trabados. En la vecina Monforte del Cid a la falta de cosecha de 1798 y 1799 se unieron las heladas de finales de este año. En cuanto a Orihuela, las rogativas *pro pluvia* estuvieron presentes en 1790, 1791, 1793, 1796, 1798 y 1799.

Durante las dos primeras décadas de la *anomalía Maldá*, las avenidas del Segura, río alóctono de mayor importancia del sur alicantino, estuvieron presentes en 1763, 1764, 1768, 1769, 1770, 1773, 1775, 1776, 1777, 1778 y 1779. El 29 de octubre de 1769, la riada de “San Simón y San Judas” dio al traste no solo con la producción de un año que hasta el momento era benévolo sino que también arrasó con las barracas de la huerta y dejó impracticables los caminos. La del 13 de mayo de 1775, conocida como la riada de “San Pedro Regalado”, hizo estragos en la huerta oriolana. El otoño de 1776 estuvo marcado por las avenidas del Turia, Palancia, Vinalopó y Segura (Alberola Romá, 2014, 208-211). En la última cuenca, el 23 de octubre se desarrolló la riada de “San Pedro Pascual” que en Orihuela conllevó numerosas muertes en la huerta. A mediados de enero de 1778, el contenido de la rambla de Benferri se precipitó en los campos y huertas, provocando nuevamente severas destrucciones. En la fase más álgida de la *perturbación Maldá* sobresalieron los casos de 1783, 1788, 1793 y 1797, todos

ellos con repercusiones reseñables. A nivel europeo, 1783 podemos considerarlo como un “mal año” a razón de los episodios naturales y atmosféricos que aparecieron, tales como las erupciones del Laki y del Vesubio, que alteraron la circulación atmosférica, y los terremotos que azotaron el sur italiano y la ciudad siciliana de Mesina (Alberola Romá, 2012). En España se caracterizó por las constantes lluvias que en el último tercio se produjeron (Alberola Romá, 2009; Alberola Romá y Box Amorós, 2014). De este modo, en la ciudad de Orihuela acaecieron tres avenidas en los primeros días de octubre, las llamadas riadas de “San Francisco de Asís y San Francisco de Borja”, que conllevaron la inundación del núcleo urbano, la falta de harina para el alimento, la rotura del suministro de agua potable, entre otras incidencias. Los males regresaron en 1788, año marcado por los temporales en la Península (Alberola Romá, 2014). El episodio entre el 15 y 16 de noviembre anegó la ciudad oriolana con las aguas que descendieron del monte próximo, sumadas posteriormente a las del río. En la huerta, el nivel del agua alcanzó los 20 palmos, devastando cultivos, animales, hortalizas, árboles y barracas. Los temporales del 7 y 8 de septiembre de 1793 repercutieron en gran parte de las tierras valencianas. En las tierras del Bajo Segura, Callosa del Segura, ubicada en un abanico fluvial, sufrió un movimiento de ladera (*debris flow*) con resultados desastrosos, puesto que el lodo y las rocas sepultaron parte de la población y mataron a diversas personas (Giménez Font, 2006). La avenida que cerró el Setecientos en Orihuela acaeció el 11 de octubre de 1797 y fue bautizada como la riada de “San Nicasio”, ésta anegó la huerta, la ciudad y destruyó el Puente Nuevo (Alberola Romá, 2010, 212-213). Tras dicho lance, se procedió a reclamar la condonación del equivalente.

Las crecidas del río Vinalopó, paradigma de río-rambla valenciano de escaso caudal, en el trascurso de la perturbación *Maldá* comenzaron a producir repercusiones cada vez más destacables. La avenida del 1 de octubre de 1767 tuvo su mayor protagonista en el pantano ilicitano, poco tiempo atrás reparado, pues un gran peñasco atascó su portón. El bienio de 1776-1777 también dejó huella en el Medio y Bajo Vinalopó, pues en Novelda y Elche la documentación expone el mal estado de los caminos, los daños en las acequias y en el viaducto ilicitano a razón de las frecuentes lluvias. El lluvioso último tercio de 1783 también tuvo presencia en este territorio, ya que los noveldenses a principios de noviembre hablaban de que las precipitaciones habían caído de manera incesante durante mes y medio. Las destrucciones se localizaron en las vías de comunicación y en algunos pasos hechos para salvar diversas ramblas. La crecida del 15 de octubre de 1785 se tradujo en Elche y Aspe en daños en las infraestructuras hidráulicas, y en el segundo caso se añadía la conducción potable. Con los noventa, los sucesos iban a proseguir en 1793, 1795, 1796 y 1797. Entre ellos, resaltó el del 7 y 8 de septiembre de 1793 que afectó sobremanera a Aspe al arrasar con el puente del Baño, la rafa del Fauquí y las tierras de labor (García Torres, 2011). Las continuas precipitaciones entre finales de agosto y noviembre de 1796 derivaron en Elda en diversas avenidas en las ramblas de Santa Bárbara, Caprala, Guirney y del Cid, que borrarón las infraestructuras hidráulicas y cegaron las minas iluminadas en 1793, unidas a las reconstrucciones implementadas entre episodios.

3. Conclusiones

La sequedad durante la *anomalía Maldá* continuó con su azote puesto que la mayoría de los años estuvieron marcados por la misma. Si nos centramos en los períodos cronológicos de mayor gravedad, los sesenta estuvieron marcados por la falta de precipitaciones, salvo el pequeño impás tras su ecuador. El complicado fin de esta década enlazaría con la de los setenta, donde sobresalieron los períodos estériles de la primera mitad y el del cierre del

decenio hasta los primeros años de los ochenta. Durante los últimos veinte años de la centuria ilustrada, los contrastes climáticos fueron la tónica general. En estos años destacó la sequía acaecida entre el cierre de los ochenta y el comienzo de los noventa, con 1789 como mayor pico de intensidad. Por último, en los noventa el déficit hídrico continuó, no obstante su incidencia fue menor.

El resultado de estos años de malas cosechas derivó en problemas de abastecimiento de grano, que debía importarse de zonas foráneas, muchas veces a alto precio; la falta de trabajo de la mayoría de población, los jornaleros, que debieron emigrar en busca de sustento económico de sus familias; el endeudamiento en que muchos labradores caían al no poder devolver sus préstamos; la falta de agua potable; y como reflejo de todo ello, las dificultades para acudir a las obligaciones fiscales.

Si nos adentramos en las avenidas castastróficas, las crecidas del río Segura estuvieron a la orden del día durante la segunda mitad de la centuria. Las avenidas de rango extraordinario tomaron protagonismo desde finales de los sesenta con la riada de 1769 y especialmente en 1775, 1776 y 1778. En las dos últimas décadas las inundaciones no fueron tan numerosas, sin embargo, sus consecuencias fueron devastadoras en 1783, 1788, 1793 y 1797. El cambio más sugerente durante el desarrollo de la *oscilación Maldá* lo hallamos en el río Vinalopó, pues durante la primera parte del siglo XVIII únicamente podemos subrayar como catastróficos los temporales de finales de octubre de 1751. Las tierras del Vinalopó vivieron el lluvioso bienio de 1776-1777 y las incesantes precipitaciones del último tercio de 1783. Entre las riadas sobresaldrían las de 1785, 1793, 1796.

Las destrucciones ocasionadas por los aguaceros supusieron un paso más a las problemáticas surgidas por las sequías. La producción agrícola del año podía quedar totalmente arruinada en cuestión de minutos y muchas tierras de labor inservibles. Mayores cicatrices dejaban en el tiempo la pérdida de los principales sistemas de riego y viaductos, puesto que las reedificaciones y reparaciones se dilataban durante años ante la falta de medios económicos.

REFERENCES

- Alberola Romá, A. (2014) *Los cambios climáticos. La Pequeña Edad del Hielo en España*. Madrid: Cátedra.
- Alberola Romá, A. (2012): 'Un «mal año» en la España del siglo XVIII. Clima, desastre y crisis en 1783', en Huetz de Lemps. X y Luis Ph. (eds.) *Sortir du labyrinthe. Études d'Historie Contemporaine de l'Espagne en Hommage à Gérard Chastagnaret*. Madrid: Collection de la Casa Velázquez (131), pp. 325-346.
- Alberola Romá, A. (2010) *Quan la pluja no sap ploure. Sequeres i riuades al País Valencià en l'edat moderna*. Valencia: PUV.
- Alberola Romá, A. (2009): 'Clima, crisis y reformismo agrario en tiempos del conde de Floridablanca', *Mélanges de la Casa Velázquez*, 39 (2), pp. 105-125.
- Alberola Romá, A. (2004) 'Temps de sequera, rogatives i avalots al sud del País Valencià (1760-1770)', *Estudis D'Historia Agraria*, 17, pp. 35-48.
- Alberola Romá, A. y Box Amorós, M. (2014) 'Sequía, temporales y cosechas deficitarias en el nordeste peninsular: un apunte de las consecuencias del «mal año», de 1783 en algunos corregimientos aragoneses y catalanes', en Olcina Cantos, J. y Rico Amorós, A. M. (coords.) *Libro jubilar en homenaje al profesor Antonio Gil Olcina*. Alicante: Publicaciones Universidad de Alicante, pp. 845-860.

- García Torres, A. (2011) 'Tras la tempestad no llegó la calma: el medio Vinalopó ante los temporales de septiembre de 1793', *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 29, pp. 103-120.
- Giménez Font, P. (2006) 'Contexto geomorfológico y asentamiento humano: abanicos aluviales y corrientes de derrubios en la sierra de Callosa (bajo Segura, Alicante)', en Giménez Font, P., Marco Molina, J.A., Matarredona Coll, E., Padilla Blanco, A., y Sánchez Pardo. Á. (Coords.) *Geografía física y medio ambiente: guía de campo de las XXI Jornadas de Geografía Física*. Alicante: AGE-Universidad de Alicante-CAM, pp. 95-120.